

EL ÚNICO SENDERO ES ACEPTAR QUE NO HAY MÁS SENDEROS

Por Guto Ajayu
Comisariado por Kiki Pertíñez Heindereich

En el marco del capítulo LATAM de JustMAD, el artista boliviano Guto Ajayu presenta “El único sendero es aceptar que no hay más senderos”, un proyecto que examina la memoria genética como catalizadora de los impulsos humanos y sus consecuencias. Esta propuesta artística parte de una premisa provocadora: la memoria no solo es un archivo personal, sino una herencia que trasciende lo vivido, configurando las bases de nuestra existencia contemporánea.

La memoria, como señala Jorge Luis Borges, es un tejido complejo e inconstante:

"Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico
museo de formas inconstantes,
ese montón de espejos rotos."

A través de esta visión, Borges introduce una dimensión ontológica de la memoria que trasciende lo individual para adentrarse en lo colectivo y, en este caso, lo transgeneracional.

Desde una perspectiva filosófica, la memoria puede entenderse como una construcción dinámica que articula pasado, presente y futuro. En este sentido, el filósofo español Fernando Savater plantea que la memoria es una herramienta fundamental para comprender nuestra identidad, ya que “sin memoria no hay identidad, y sin identidad no hay posibilidad de proyectar un futuro”. Ajayu incorpora esta reflexión al explorar si nuestras experiencias ancestrales, marcadas por lo visceral y lo crudo, sobreviven en nuestros cuerpos como impulsos ineludibles que determinan nuestras emociones, deseos y acciones.

El filósofo boliviano Franz Tamayo también profundizó en la relación entre la herencia y el espíritu humano, sugiriendo que lo ancestral no es una carga inerte, sino una fuerza viva que configura nuestro ser. En su obra, Tamayo plantea que “la memoria colectiva es una síntesis vital de nuestra experiencia como pueblo, un eco persistente que dialoga con nuestra esencia”. Ajayu retoma este diálogo desde una perspectiva contemporánea, preguntándose si es posible escapar de estas raíces profundas que moldean nuestros impulsos.

La memoria genética, en tanto teoría, postula que ciertos rasgos y comportamientos se transmiten biológicamente, anclados en nuestra herencia. Si, como señala el filósofo mexicano Gabriel Zaid, “la historia no solo se hereda como cultura, sino como temperamento”, entonces la memoria genética podría interpretarse como un registro de estas influencias, inscrito en nuestros cuerpos y en nuestra psicología colectiva.

Ajayu traduce estas inquietudes filosóficas en una serie de seis obras que dialogan con el sistema límbico, el centro de nuestras respuestas emocionales, para explorar cómo las emociones ancestrales pueden influir en nuestras decisiones y comportamientos. Este enfoque conecta con la idea de Octavio Paz, quien señaló que “la memoria es el hilo invisible que une las generaciones, un puente entre lo que fuimos y lo que podemos ser”.

El proyecto de Guto Ajayu nos interpela: ¿Podemos realmente olvidar? ¿Estamos condenados a repetir los impulsos viscerales de nuestros antepasados? ¿O es posible resignificar estas herencias para construir una narrativa nueva? En el encuentro entre arte y filosofía, Ajayu nos invita a reflexionar sobre el peso del pasado y las posibilidades del presente.

Kiki Pertíñez Heidenreich

